

## **Astucia o el manual del perfecto charro**

*Astucia, or the Handbook of the Perfect "Charro"*

Jairo Castillo Díaz

*Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad Nacional Autónoma de México*

La novela *Astucia, el Jefe de los Hermanos de la Hoja o los Charros Contrabandistas de la Rama*, de Luis G. Inclán, fue primero valorada por la crítica desde el punto de vista de su riqueza lingüística y por la exaltación de lo mexicano que en ella se encuentra. Este artículo propone otro aspecto a considerar: la trasgresión de la ley como móvil de la obra, encarnada en Lorenzo, su protagonista. La niñez del personaje, su educación sentimental, su ingreso al mundo del contrabando y la apropiación que hace de valores como la lealtad y el respeto a la familia, son etapas que progresivamente le confieren carácter de legitimidad y lo transforman en "el perfecto charro".

*Palabras claves:* Luis G. Inclán ; Novela mexicana del siglo XIX ; Identidad cultural .

The novel *Astucia, el Jefe de los hermanos de la Hoja o los Charros Contrabandistas de la Rama*, by Luis G. Inclán, was first valued by the critics for its linguistic richness and its celebration of Mexican identity. This article proposes another aspect for consideration: transgression of the law, personified by the protagonist, Lorenzo, as the driving force of the narrative. Lorenzo's childhood, his sentimental education, his entrance into the world of smuggling and his acceptance of values like loyalty and respect for the family are stages that progressively grant him legitimacy and transform him into the "perfect *charro*".

*Key words:* Luis G. Inclán; Mexican XIXth-century novel; Cultural Identity.

En el prólogo a la novela *Astucia, el Jefe de los Hermanos de la Hoja o los Charros Contrabandistas de la Rama* (1865), escrito por Salvador Novo en 1946, se citan algunas de las opiniones que ha suscitado esta obra de Luis G. Inclán en el ámbito de la crítica literaria. Según el mencionado prólogo, Francisco Pimentel sería uno de los primeros estudiosos en haber resaltado la riqueza lingüística de la novela: “en esa novela puede estudiarse en todo su desarrollo lo que hemos llamado alguna vez dialecto mexicano, es decir, el idioma español según se habla en México, entre la gente mal educada, corrompido, adulterado” (ix). De este mismo tenor sería el punto de vista de Joaquín García Icazbalceta, quien, según Novo, se sirvió de la novela de Inclán para componer su *Diccionario de Provincialismos Mexicanos*. Recientemente Manuel Sol, en su artículo “El habla en *Astucia*, de Luis G. Inclán”, nos confirma que la temática del lenguaje se ha constituido prácticamente en el centro de interés de los estudiosos de la obra. Es decir, desde 1865, año en el cual se publicó la novela, hasta fechas recientes, los críticos de la obra de Inclán no han variado la perspectiva que en su momento instituyera Francisco Pimentel.

Otro aspecto que reiteradamente se ha señalado de *Astucia* —el cual está íntimamente relacionado con el tema del lenguaje— ha sido la exaltación de la mexicanidad en la novela, como lo confirma Novo parafraseando a Federico Gamboa: “aunque le pareció ‘cansada y difusa’, la halló serlo menos que *El Periquillo*, y haciendo a un lado, o dando por descontado, su interés lexicológico, reparó en su vívido y esencial mexicanismo” (x).

En su prólogo, Novo menciona otro aspecto de la obra en el que me gustaría ahondar: la trasgresión del orden y el conformismo económico de los charros contrabandistas, puesto que el tema se presta para proponer una lectura que rebase el marco crítico en que se ha encuadrado la novela:

Sus padres fueron insurgentes. Esto es, en su juventud, pelearon contra el gobierno —el español—. ¿Cómo entender

que los viejos insurgentes autorizan a sus hijos a sustraerse a la obediencia de un gobierno ya mexicano, sino porque este nuevo demostrara ser tan intruso, torpe e insatisfactorio como aquel extranjero que sus armas había derrocado? Las ambiciones de la fraternidad de la Hoja eran, a su mayor medida, tan legítimas y modestas como las que habían lanzado a Lencho a buscar su emancipación del comercio, su libertad por la abdicación de una cultura cuyas complicaciones repugnaba. (xvi)

La lectura de Salvador Novo no deja de inscribirse dentro de la verticalidad de la visión con la cual se ha tipificado al pueblo. Es decir, en la apreciación de Novo habría que distinguir, claramente, que la problemática social, política y económica que se plantea en el texto es un tema que compete a la burguesía terrateniente. Esta perspectiva sería pues la que permitiría, no sólo entender la trasgresión a la ley, sino el conformismo económico de los miembros de la hermandad, como acertadamente señala el prologuista:

Quería comprar y vender en paz su tabaco, sostener sus viejos, casarse, montar sus propios caballos, echar de vez en cuando un trago o una festejada. Se conformaban, mexicanos, con poco, siempre que ese poco fuera realmente suyo y pudieran gozarlo en paz y sin prisa. Es la ley de la estructura social lo que yerra. (xvi-xvii)

Aun cuando en estas palabras resuena el eco del lema de Benito Juárez, “el respeto al derecho ajeno es la paz”, se podría decir que el afán de mejorar la situación económica sería el móvil que, aparentemente, induce a Lorenzo, alias Astucia, a ingresar en el giro del contrabando; sin embargo, la ilegalidad de la actividad comercial —tanto la del aguardiente como la del tabaco— se fundamenta en una legitimidad que, en última instancia, será la que justifique el contrabando mismo: los miembros de la hermandad son criollos, hijos de hombres que participaron en la guerra de Independencia:

Estos muchachos, criollos barbicerrados, de ojos negros y grandes, de cejas pobladas, tienen siempre una acogedora y sana sonrisa en los labios, pero también una mano cerca de la cacha de su pistola o la empuñadura de su sable, en cuya hoja podría leerse “no me saques sin valor ni me metas sin honor”. Valientes, leales, generosos, son como los ranche-ros del Interior y de muchos Estados de México. (Azuela 65)

En este sentido, pues, el gobierno no le ha hecho justicia a esta clase social que, sacrificada en la guerra de Independencia, se encuentra en la más absoluta miseria. De ahí que la ilegalidad en la que actúan los contrabandistas sea la forma de restituir una legitimidad heredada: “Inclán nos deja un tipo nuevo y perdurable: el ranche-ro, producto legítimo de la guerra de Independencia” (71). Así se explica el extrañamiento de Salvador Novo cuando se pregunta la ligereza con la cual los padres permiten que sus hijos operen al margen de la ley: “¿cómo entender que los viejos insurgentes autorizan a sus hijos a sustraerse a la obediencia de un gobierno ya mexicano, sino porque este nuevo demostrara ser tan intruso, torpe y insatisfactorio, alcanzada la independencia?” (xvi). Como se puede apreciar, el conformismo a la mexicana de los charros contrabandistas, según la apreciación de Novo, va más allá de la visión del pueblo que la intelectualidad posrevolucionaria ha prolongado e instituido.

Luis G. Inclán inicia su novela con una breve semblanza biográfica de Juan Cabello, padre de Lorenzo. ¿Qué nos dice el autor en este fragmento textual?:

Don Juan Cabello fue en su mocedad uno de los más decididos insurgentes de los muchos que se levantaron en el Valle de Quencio, militando bajo las órdenes de los señores Rayones, licenciado don Ignacio y general don Ramón, dando siempre mil pruebas de valor, y como la generalidad de los buenos patriotas de su época, sacrificó por la independencia de su patria su florida juventud, su sangre y bienestar,

retirándose a la vida privada en 1822, a buscar de nuevo su subsistencia en los trabajos del campo. (5)

En estas breves palabras se condensa una de las intenciones de la novela. Lorenzo, como todos los personajes que integran la Hermandad de la Hoja, es hijo de insurgentes, de hombres que dieron su vida por la independencia del país. Mediante este señalamiento, Inclán instituye una legitimidad: Astucia y los miembros de la Hoja, los charros contrabandistas, son los herederos legítimos de la patria por la cual lucharon sus padres. Es, pues, en los hacendados, en la burguesía terrateniente, en quienes el autor fundamenta su proyecto de identidad nacional: “su credo de sencilla felicidad campirana; su condensación de la esencia de nuestras más auténticas virtudes; de las más dignas de salvar del naufragio, lo que hace de Astucia el arquetipo ideal del mexicano” (Novo 19).

No es que el monopolio del tabaco impida la libertad de comercio y que esto lleve a actuar a los contrabandistas. Este móvil, como pretexto literario, le permite sustentar al escritor su proyecto de clase, con sus respectivos valores socio-culturales: “un sentimiento burgués, traducido en la fidelidad inquebrantable a la familia, a la religión, a la patria y a las tradiciones, hasta el punto de castigar la más leve falta a ellas, es la característica de estos muchachos” (Azuela 69). Señalemos, de paso, que el monopolio del tabaco está en manos de particulares:

En ese ramo, en el estado en que hoy está, ya no se interesan bienes nacionales, que siempre han estado desatendidos; hoy se versan bienes particulares de los contratistas monopolizadores del estanco, y estos, ávidos de codicia, no han de perdonar medio y han de tomar cuantas providencias les sugiera su capricho, para evitar que se les extraiga una hoja de tabaco. (Inclán 74)

Manual del perfecto charro, la novela de Inclán nos describe las distintas etapas de la vida de Lorenzo. Educación sentimental: mediante una serie de ejemplos, el autor caracteriza

al personaje que encarna al auténtico charro mexicano. Por ello, no es fortuita la intención con la cual se animaliza la conducta del niño Lorenzo. Don Primitivo, su preceptor, ejemplifica este aspecto en la obra: “—¡Qué bien me dijo don Juan! —exclamó hablando consigo—, que ese potrillo podía reconocer para su querencia, y dar la estampida para sus comederos” (11). En estas circunstancias, Lorenzo queda huérfano a los trece años, y su padre, ante las travesuras del niño, no sabe todavía qué medidas adoptar:

Lencho estaba uno o dos días muy curtido, hojeando el libro, y al menor descuido volvía a sus acostumbradas maldades, largándose al cerro a jinetear becerros, poner trampas a los jabalíes, a lazar cuanto animal encontraba, o se iba al río a nadar, capitaneando siempre una punta de muchachos de las rancherías. (5-6)

Lorenzo, como todos los miembros de la Hoja, es un niño que sólo alcanza a leer y a escribir: “lo de mi primera edad, nada tiene de notable, apenas mal supe leer, escribir, y cuatro reglas de cuentas” (273). El escaso interés en la preparación escolar fundamenta la inclinación natural, la vocación innata que los niños tienen por las actividades del campo:

—¡Qué oficio quieres aprender?, ¿Cuál giro te gusta?, yo no quiero flojos en mi casa, eres tamaño bigardón y no sabes aún trabajar en nada, y en el supuesto que no te inclinan los estudios, ¿dime en qué piensas ocuparte?

—Señor —le contesté muy curtido—, en el campo, su merced se ocupa de eso, y a su lado podré aprender. (183)

*Astucia* es ejemplo en su niñez del método y los principios educativos que reciben los hijos de los terratenientes. Desde este momento inicia la educación del niño, conformando lo que, según la propuesta del escritor, debe ser un perfecto charro, un auténtico terrateniente mexicano. Primitivo Cisneros,

exjesuita, será quien, como preceptor, establezca los objetivos de la educación:

Si, como me lo promete, surte buen resultado, le aseguro, amigo mío, que haré de ese jovencito lo que yo quiera, pues la cuerda que voy a pulsar jamás se revienta. Quiero dominarlo de adentro para fuera, despertar sentimientos que no conoce para aprovecharse de ellos en su propio bien; quiero que sienta una emoción que le llegue al alma, ya que los sentimientos del cuerpo los ha embotado usted a fuerza de sus majaderos castigos; en fin, si tiene usted vanidad en saber domesticar potrillos y sacar caballos de primera, yo la tengo en educar muchachos y formar hombres de honor y bien inclinados. (7)

En esta etapa, responsabilidad e independencia serán los valores que se le inculquen al niño, como lo manifiesta Lorenzo en su adolescencia:

Muy bien conozco que no es mi genio para estar bajo la dependencia de un amo: la servidumbre me choca, no tengo paciencia para esperarme a comer hasta que otro tenga hambre; me puede mucho que porque le dan al pobre dependiente un sueldo por su trabajo, se constituyan en dueños de sus acciones, de su voluntad, y hasta de su sueño. Nunca olvido los consejos de mi maestro que entre otras cosas me decía: que servir, es ser vil. (52)

Posteriormente, el amor será otro de los factores que complementará la educación del ya joven Lorenzo. Así pues, el adolescente Lorenzo se enamora de Refugio, su condiscípula. Siguiendo la trayectoria de la educación que recibe el personaje, nos percatamos más adelante de que el desamor es un instrumento mediante el cual se le despertará a Lorenzo el amor por el trabajo. El desamor, según el coronel, terrateniente y amigo de don Juan Cabello, será el estímulo que lo introduzca en el ámbito laboral:

Vamos a ver si, como me ha dicho mi amigo, la presencia de esa niña fue la que contribuyó para que aprendiera y no se fastidiara en la escuela, ahora su ausencia le facilita hacer fortuna y que no le repugne trabajar, que en cuanto yo lo vea ya con un capitalito con que mediano pueda establecerse, tendré el gusto de facilitarle cuanto apetece; vamos por ahora a que sepa ganar la torta, lo fomentaremos para que pronto haga suerte y luego le daremos la golosa. (54)

Aquí habría que señalar que el desamor, la búsqueda de Refugio, es el móvil que lleva a Lorenzo a emprender el negocio del contrabando de aguardiente. Es decir, este trabajo, como todos los que desempeña Lorenzo antes de ingresar en la Hermandad de la Hoja, tiene como incentivo la búsqueda de Refugio:

Ahora sí tendré oportunidad de buscar a esa niña por donde me parezca, pues con pretexto de conseguir entregos, no dejaré sitio en que no prosiga con mis pesquisas; vamos a ver quién se cansa, si la fortuna en abatirme o yo de sufrir esta incertidumbre, este tormento que me aniquila. (53)

También se podría señalar, por otro lado, que el nuevo giro —del comercio de tabaco al de aguardiente— marca el paso de la juventud a la madurez del personaje. Además, este proceso se complementa con la decisión de elegir entre el amor al padre y la ya elegante y refinada Refugio, como se lo plantea el coronel al padre de Lorenzo: “voy a ponerlo en una disyuntiva, a que se decida resueltamente o por usted o por ella” (59). Comentando este aspecto de la obra, Salvador Novo dice lo siguiente:

Sus padres (por los que aguardan una veneración y una obediencia que asombró en la ciudad a la marquesa Calderón de la Barca; que puede a nuestros ojos ayuncados parecer pueril y excesiva, pero que no es sin duda el menos valioso de los rasgos de mexicanismo subrayado por Inclán en una



novela en que los libérrimos contrabandistas no se casan sin la exigente aprobación de su viejo). (xvi)

Este momento es cumbre en la novela, pues fija los valores que resaltan con más fuerza en la conformación ética del charro: el amor y la fidelidad a la familia, encarnado en la figura del padre:

Así terminó el primer amor de Lorenzo, que al decidirse a favor de su padre, no dejó de hacer una penosa violencia; pero endulzó y mitigó su pena el verse abrazado de él que lo estrechaba contra su seno; al repetirle sus caricias, sentía circular por sus venas un fluido vivificador que lo enorgullecía de su última resolución, que borraba como por encanto la tristes huellas de su pasión, ocupando su corazón otro amor más elevado, más sublime y satisfactorio. (Inclán 65)

A partir de este momento Lorenzo incrementa su capital; pero al poco tiempo le ocurre una desgracia, pues lo detiene la aduana y le decomisan todos sus implementos de trabajo. El fin de su relación con Refugio, que constituye un incentivo para su dedicación al trabajo, así como la elección del amor al padre y, sobre todo, la quiebra en el comercio del aguardiente, son factores que marcan el paso de la juventud a la madurez. De aquí en adelante, Lorenzo busca como fin la consolidación de su actividad económica. Ángel, antiguo compañero de la niñez, lo invita a cargar tabaco junto con cinco compañeros, los Hermanos de la Hoja: “Hombre, Alejo, para resolverte necesito consultar a mi padre, ya sabes que lo respeto mucho y no hago nada sin su conocimiento” (70). Como parte del código de honor característico de esta clase social, el padre de Lorenzo lo autoriza para que ingrese a la hermandad, pues su hijo ha empeñado la palabra:

-¡Cómo es eso de que no me voy! —dijo don Juan con tono serio; -¿que no tienes palabra, y tan fácilmente olvidas tus compromisos?-. El honor, la palabra comprometida, vale más que

J. Castillo, *Astucia* o el manual del perfecto charro

cualquier afecto entre padre e hijo: pues arrima ese caballo, yo iré por ti; dejarías de ser mi hijo, te despreciaría, el día que supiera que eres un informal, un veleta, un charlatán. Jamás consentiré un borrón semejante en mi familia; se me caería la cara de vergüenza delante de los que supieran que mi hijo, el que lleva mi apellido, por cuyas venas circula mi sangre, tenía en poco el cumplimiento de lo que ofrece. (76)

Cito las palabras con las cuales Mariano Azuela comenta este fragmento de la novela:

Este pasaje de gran realismo pasará inadvertido para los que sólo conocen a nuestros rancheros en las carátulas estilizadas de nuestras revistas, en las llamadas películas nacionales o en los charritos del Paseo de la Reforma. A otros les parecerá inverosímil, tanto ha cambiado el concepto de honor, que en aquellos remotos días, con el patriotismo y la religión integraba la personalidad del mexicano. Tipos de esta clase fueron los que realizaron nuestra independencia y el triunfo de la Reforma. Los que han conocido al ranchero de los Altos de Jalisco y del Bajío me comprenden. (62)

La mujer, como esposa del charro, es una campesina que moldeada de acuerdo con los valores que son propios de la sociedad propuesta en la obra, tal como se la describe Pepe el Diablo al señor Garduño:

Aún no cuenta dieciocho años, es media lamidita, muy mujer, con genio de fiesta que desde luego da a conocer un corazón inocente, sumamente franca, jovial y candorosa, sin dejar de ser viva no tiene una pizca de malicia; en fin, señor Garduño, es una muchacha de honra y provecho, que sin disputa hará la felicidad de cualquier hombre de bien. (Inclán 209)

La imagen de la esposa ideal del charro se contrapone a la de la catrincita, como denomina el señor Garduño a las mujeres que viven y provienen de la ciudad:

-Ya sé, Tacho, que has enamorado a esa catrincita recién llegada de México, y debo prevenirte para tu gobierno, que primero consentiré en que te cases con la molendera a quien con gusto le daré el título de hija, que con esa niña llena de alhajas y vestidos de seda que me empachan. (192)

Salvador Novo, en su ya multicitado prólogo, comenta el final de la obra:

Cuando Astucia y Amparo persuaden al viejo licenciado a abandonar un cargo público mezquino y odioso; a romper con mamotretos y libros que le han acabado el vigor y salud, para rehacer su vida en el glorioso primitivismo de una hacienda: en el fecundo contacto con la naturaleza que ha dotado a la pálida Amparo de una vigorosa belleza, Inclán ha creado (y es insensato dogmatizar que sin saberlo) a un Adán y Eva mexicanos, y ha puesto en su muda invocación el Mensaje y el Credo filosófico que destinaba a la meditación siempre actual de sus descendientes. (xxii)

### Obras citadas

- Azueta, Mariano. *Cien años de novela mexicana*. México: Botas, 1947.
- González, Manuel Pedro. *La trayectoria de la novela en México*. México: Botas, 1956.
- González Peña, Carlos. *Historia de la literatura mexicana: desde los orígenes hasta nuestros días*. México: Porrúa, 1966.
- Inclán, Luis G. *Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los Charros Contrabandistas de la Rama*. México: Porrúa, 1966.
- Monterde, Francisco. *Cultura mexicana, aspectos literarios*. México: Ed. Intercontinental, 1946.
- Novo, Salvador. "Prólogo". *Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja o los Charros Contrabandistas de la Rama*. Por Luis G. Inclán. México: Porrúa, 1946.
- Sol, Manuel. "El habla en Astucia, de Luis G. Inclán". *La literatura mexicana del otro fin de siglo*. México: COLMEX, 2001.